

El gran bromazo.

NOVELA INEDITA

POR

Juan Pérez Zúñiga.

CAPITULO I

En un rincón del café.

Eran las ocho de la noche.

Ya sé, querido lector, que no iríamos a reñir por cuarto de hora más o menos; pero ¿para qué le voy a privar a usted de conocer este detalle?

Repito, pues, que eran las ocho.

O las veinte, como decimos en los ferrocarriles para hacernos la ilusión de que vivimos más horas.

En un café de los más céntricos de Madrid se congregaba numeroso público.

Diría el nombre que ostenta el establecimiento; pero ¿y si luego no me pagan el reclamo de una manera decorosa?...

Lo que en realidad le interesa al lector es conocer lo que en su interior ocurría.

En el interior del café, por supuesto.

Una de sus mesas, marmórea por arriba y férrea por abajo, como las de la generalidad de los *cafeses*, hallábase ocupada por tres individuos decentemente vestidos, que revolvían a compás los terrones de sus respectivas tazas de café, y hacían lo propio, aunque descompasadamente, con la vida, la honra y la hacienda de diferentes personas más o menos conocidas.

Muy cerca de estos sujetos había que estar para poder enterarse de su conversación, pues el establecimiento era en aquellos instantes un espantoso guirigay, en el que no sólo sobresalían las carcajadas de la muchedumbre, el ruido de las cucharillas y de los cacharros y las mil voces destempladas que, semejando una sesión de nuestro Municipio, vibraban en el éter, sino que también podía percibirse, como nota diaria y especial del tal café, una serie de quejas de los parroquianos y una colección de protestas de los consumidores, que metían miedo.

—Oye, Tiburcio—decía un señor a su mozo correspondiente—. ¿Estás seguro de que es limón esto que me has traído?

—Sí, señor.

—Pues juraría que era sublimado.

—¡ ¡ Rufino ! !—gritaba otro cliente—. ¿Se puede saber por qué me sirves una cataplasma de linaza en vez de la tortilla de jamón que te he pedido?

—¡ Esto no ha sido vermut en toda su vida !—vociferaba otro, en el colmo de la indignación.

—¿Por qué no servís un serrucho con el bisté?—preguntaba un capitán de Ingenieros a su mozo respectivo.

—¡ Mira, mira, Serafín, lo que me acabo de encontrar entre los riñones !—exclamaba una señora, mostrando en alto un cabello rubio que parecía una comba...

—Esto de que, pídase lo que se pida, nos han de dar la *tostada* indefectiblemente, ya no se puede tolerar—decían, en fin, otros descontentos.

Y así se pasaban las horas de la tarde y de la noche en el tal café, cuya temperatura era tan elevada que hasta los helados echaban humo en sus cristalinos recipientes.

Los tres individuos a quienes tuvimos antes el honor de referirnos habían enderezado su conversación hacia un punto en cierto modo interesante.

—¿Sabéis lo que os digo? Que debíamos dejar en paz al pobre Cabezón ; porque la broma que estamos dándole va siendo de

masiado pesada—dijo uno de los tres sujetos allí reunidos, llamado Perico Sánchez.

—La verdad es que abusamos cruelmente de la buena pasta del infeliz—repuso Lucas Gómez, que era otro de los tres camaradas.

—¿Pero es que el amigo Cabezón sigue buscando por todas partes a su desaparecida Lola? ¿A Lola Torbellino?—añadió el tercero de los reunidos, que era nada menos que el doctor Ventosa.

—Sí, a la ex corista Lola; a *La Californita*, como la llama él—respondió Sánchez.

—Por cierto que todavía no he logrado averiguar—dijo Gómez—si la viene el remoquete de haber nacido en San Francisco de California o en ese barrio de las Californias que forma parte de los arrabales de la corte.

—El caso es—agregó Sánchez—que, tratándose de esa individua, el bueno de Cabezón se muestra loco rematado. Para él es una verdadera obsesión la difícil tarea de buscarla.

—Y no sé si dará con ella—dijo Gómez—. Lo que se puede asegurar es que sus gestiones encaminadas a tropezar con la niña perdida están conduciéndole a la ruina... y eso que su fortuna no es moco de pavo.

—¡Qué ha de ser moco!—exclamó el doctor, sorbiendo su moka.

—Y, según él—añadió Sánchez—, la criatura lo merece. Aseguran que es una rubia más guapa...

—Si vive; porque acaso lleve ya tiempo convertida en queso de Roquefort—dijo Ventosa, formulando una comparación macabro-alimenticia de dudoso gusto.

—Guilladura como la de Cabezón—añadió Gómez—no se ha visto jamás.

—¡Eso sí que es hacer honor al apellido! Porque más tozudo que Cabezón para insistir en tan disparatada empresa no le puede haber.

—El amor, amigos míos—dijo el médico—, tiene fuerza para conseguir esos desequilibrios y muchos más. Lo que no me parece bien es que continuéis haciendo víctima de vuestras bromas a tan desventurado amigo. Acabaréis por volverle más loco que un espejuelo de cazar alondras.

—Así se entretiene el infeliz, y nos divierte a nosotros.

—Además—añadió Gómez—, ya no le van haciendo efecto los chascos que se lleva en sus disparatadas investigaciones. ¡Está tan acostumbrado a ellos desde que *La Californita* marchó a Buenos Aires!... Pero él sigue busca que te buscarás a su gentil

de corista. Y dice que la lleva al altar en cuanto logre dar con sus huesos.

—Si no diera más que con sus huesos no la llevaría al altar—repuso el doctor.

—Lo de casarse con ella me parece de todos modos un gran desatino—dijo Sánchez—. ¡Mire usted que tendría narices el que diera su nombre y su dinero a una prójima tan... conocida en el cuerpo de coros!...

—Creo que no ha habido mujer más arrojada.

—¿Era valiente?

—No; arrojada... de los teatros por las Empresas respectivas.

—¡Pobre cabeza la de Cabezón!... Para idealizar a una mujer así hace falta tener completamente estropeada la tortilla cerebral.

—Ultimamente, querido doctor—dijo Sánchez a Ventosa—, le hicimos creer que su adorada *Californita* se hallaba de maestra de escuela en Valdecarámbanos... Y allá se ha ido con poca ropa en la maleta y mucha esperanza en el espíritu.

—¿Pero no se ha escamado aún de vuestras repetidas burlas?

—¡Oh, no! Tan obsesionado está, que cuanto le indicamos hace y adonde le mandamos va, cuéstele lo que le cueste y pase lo que pase.

—La verdad es que Cabezón es un bendito.

—Sí; un bendito loco.

—¿Y no es hora de que le dejéis en paz al infeliz?—preguntó Ventosa, compasivo.

—Sí, le dejaremos—respondió Gómez—; pero después de haberle dado la broma definitiva.

—¿La tenéis pensada?—interrogó el médico.

—Se me acaba de ocurrir—dijo Gómez, rebañando con la cucharilla el azúcar que se había quedado rezagada en el fondo de su taza.

—Sepamos...

—¿Conocéis a Pirueta?

—¿El que tocaba aquí el violín?

—Sí; el artista famoso que con su stradivarius de guardarropía lo mismo imitaba el canto de un mirlo que la llegada de un tren de mercancías.

—Pues bien—añadió Gómez—; ese ciudadano, que es, no sólo un vivo, sino un vividor, tiene una mujer que es malabarista, domadora de serpientes y bailarina de salón; y por casualidad he sa-

bido que desde mañana trabaja en un barracón de la verbena. ¿Queréis... ?

—No digas más—interrumpió Sánchez—. Comprendemos tu plan perfectamente. Vemos a Cabezón; le aseguramos que allí está su *Californita*. El corre en su busca; se lleva en el barracón el último chasco, tal vez amenizado por unos cuantos mamporros de Pirueta, que tiene muy malas pulgas... y todo esto, no sólo nos proporciona un rato de diversión, sino que quizá le sirva de escarmiento a él y no vuelva jamás a ocuparse en la busca y captura de esa su oculta Dulcinea, tan encantada como encantadora.

—¡Bravo!—dijo el doctor—. ¿Pero suponéis que, por estropeada que esté la sesera de Cabezón, va a creer que se halla en la verbena su fugitiva dama sin señal alguna que lo justifique?

—No, Ventósa de mi alma—dijo afectuosamente Gómez al doctor—. Todo está previsto, repentinamente previsto.

—¿Cómo?

—Por dinero baila el perro. Además, Pirueta me debe algunos favores, y entre él y yo, a pesar de su mal carácter, media una buena amistad. Le comprometo a que nos ayude en la farsa, y... ya veréis...

—Bueno, bueno—dijo Sánchez—. Yo también trato a Pirueta y confío en que el bromazo definitivo que preparamos a Cabezón va a ser estupendo y de una resonancia brutal.

—Vamos, pues, a casa de Pirueta—repuso Gómez. levantándose de su diván, que imitó con el ruido de uno de sus muelles el pizzicato del contrabajo.

—Vamos allá—repitió Sánchez, levantándose también, y dió dos palmadas tan sonoras, que para las grandes solemnidades las quisiera el famoso padre Benito.

Al ruido de las palmadas acudió el buen mozo de turno y cobró. no la *consumación* (que eso sería una barbaridad), sino el consumo realizado por aquellos tres amigos.

—¿Viene usted, doctor?—preguntaron a Ventosa.

—No; yo tengo que ir al convento de San Blas antes de cenar para que preparen aquello; porque mañana voy a operar a una monja.

—Pues si la saca usted con bien, ya puede contar con un camarote de primera en la mansión celestial—dijo Sánchez a Ventosa, riéndose de su propia gracia, mientras Gómez preguntaba al mozo más próximo:

—Oye, ¿dónde vive Pirueta, el volatinero?

—Dos de Mayo, dos, segundo número dos—respondió el interpelado.

—Muchas gracias. Y vámonos pronto, que aquí hace un calor inaguantable.

—Como que esto parece un zeppelin alemán—dijo el doctor.

—¿Por qué?

—Porque está echando bombas.

—Es verdad—dijo Gómez.

—Hasta luego—añadió Sánchez, despidiéndose de Ventosa.

—Adiós, y buena suerte—dijo éste por último.

Y sus dos contertulios abandonaron el café, mirando las mesas de uno y otro lado, aún ocupadas por parroquianos que seguían renegando del servicio, pero sin resolverse a cambiar de establecimiento, por si en otro cualquiera les ocurría lo mismo que en aquél.

CAPITULO II

La cabeza de Cabezón.

Pensativo quedó el doctor Ventosa durante un rato no corto, considerando que todo cuanto habían dicho respecto al bondadoso carácter del amigo Cabezón era pálido reflejo de la realidad, siendo de advertir que el pobre monomaníaco tenía prestadas mil pesetas al doctor, y que éste, más tímido de lo regular para la devolución de lo recibido, solía huir del Cabezón inglés como del mismo demonio.

Cuando más abstraído se hallaba Ventosa en tales pensamientos, apurando un habano, cuya roja y áurea corbata había pasado a exornar uno de los dedos del doctor, éste se vió sorprendido por la súbita llegada del propio Cabezón, que se sentó a la mesa frente a él, dejando sobre la marmórea tabla los guantes, al mismo tiempo que decía:

—Señor doctor...

—¡Adiós mi dinero!—exclamó para sus entresijos el médico, viendo venir sobre sí una reclamación extemporánea, y en voz alta dijo serenamente al recién llegado, alargándole la mano, ya larga de suyo:

—¡Oh, amigo mío! ¿Cómo está usted?

—*Talcualejamente.* ¿Y usted?

—Tomando este brevaje, que aquí denominan moka por un in-

explicable prurito de cambiar de sexo a las cosas. Si, a pesar de eso, usted gusta...

—No, mil gracias. Yo, que soy algo extravagante para todo, sólo tomo un café que para mí viene de Cuba, y lo tomo sin moler y sin tostar.

—¿Por qué?

—Porque en este mundo hay que tomar las cosas conforme vienen.

—¿Y qué le trae a usted por aquí?—preguntó el doctor.

—Precisamente venía en busca de usted.

—¡Ay, Dios mío de mi alma!—exclamó para sí Ventosa, notando cierto extraño temblor en la cartera de los billetes.

—Vamos a ver—dijo el de la chifladura—. ¿Usted es médico del convento de San Blas?

—Sí, señor.

—Bueno, pues verá usted—agregó Cabezón, arrellenándose en la silla, cuyo asiento parecía haber pasado las viruelas—. Yo vengo de Valdecarámbanos.

—¡Caramba! ¿Y qué?

—¡Que tampoco estaba allí!

—¿Pero quién?

—Lola.

—¡Carambola!—exclamó el doctor.

—¿No sabe usted quién es Lola?—añadió Cabezón—. Mi Lola; el ídolo de mis ensueños, la mártir más sublime de la maledicencia y el verdadero prototipo de la perfección... mi encantadora *Californita*, en fin... ¡Ah!...

Y en el nervioso manoteo con que daba vigor a sus palabras, atizó tal revés a la próxima copa, que ésta rodó por el suelo un buen espacio, después de hacer escala en uno de los mejores callos del doctor.

—¡Qué lástima de hombre!—exclamó éste, compasivamente, para su gabán de entretiempo.

—Repito—continuó Cabezón, después de levantar la copa, no para brindar, sino para que no se quedara en el suelo—, repito que mis últimas investigaciones respecto al paradero de *La Californita* de mi alma, tampoco han dado resultado satisfactorio. Amigos mal informados habíanme dado seguridades absolutas de que mi Lola estaba encargada de la escuela de Valdecarambanos, dedicada en serio a la educación de las niñas, ella que siempre tuvo una educación realmente deplorable...

—¿Y fué usted al pueblo?

—Sí, Ventosa de mi alma; ¡pero ojalá no hubiera hecho caso de aquellos equivocados camaradas!... Porque no quiera usted saber lo que en pocas horas he sufrido. Una tartana desvencijada me condujo al pueblo, tras de un pésimo viaje, por el cual hube de pagar seis pesetas más de lo que valían el coche, la mula, el conductor y su madre juntos en un lote; y cuando llegué a la escuela comencé a gritar desde la puerta:—¡Lola mía! ¡Lola mía!...— Los pocos indígenas que discurrían por allí me miraban estupefactos, sin saber a quién me podía referir en mi extraña revelación. Pero lo grave fué que la maestra se llamaba Lola también y que su marido, que era un Otelo de instrucción primaria, dudando, al presentárseme súbitamente, si estaba yo en mis cabales o no lo estaba, por primera providencia respondió a mi cariñoso llamamiento a Lola sacudiendo sobre mis costillas unas disciplinas que más que de cordobán en tiras, pareciéronme de acero en bayonetas. Si usted viera las señales que de aquella sacudida brutal tengo el capricho de conservar en la piel, se le saltarían a usted las lágrimas, riéndose al propio tiempo de todos los tatuajes conocidos. ¡Vaya unas señales!... ¡Unicamente los gusanos, allá en la fosa, podrán borrármelas con la paciencia que les caracteriza!

Como aquella Lola no era precisamente la que yo buscaba y mi situación tenía muy poco de halagüeña, hube de regresar a Madrid esta mañana, corrido, chasqueado y pasado.

—¿Cómo pasado?

—Muy maduro, quiero decir.

—¡Vaya por Dios!—exclamó Ventosa—. Pero, en cambio, habrá usted gozado mucho con su pintoresco viaje a Valdecarámbanos.

—Le diré a usted: he gozado a medias.

—¿Cómo a medias?

—Porque viajaba a mitad de precio.

—Muy bien. ¿Y qué es lo que usted quería decirme?

—¡Que ahora sí que conozco el verdadero paradero de *La Californita*!

—Yo también—dijo el doctor, comenzando a colaborar en el bromazo que a Cabezón preparaban sus amigos.

—¿Dónde, pues se imagina usted que está?

—Trabaja en un barracón de la verbena.

—¡Calle usted por Dios!—exclamó el monomaniaco, aderezando su frase con estúpido gesto de incredulidad.

—Ya lo verá usted—repuso el doctor, aparentando una seriedad imponente.

—Pues a mí me consta que Lola se halla de novicia en el convento de San Blas, y en esta seguridad tiene su fundamento la entrevista que estamos celebrando. Sólo usted, como médico de aquel hormiguero monástico, Dios me perdone el símil, puede facilitarme, si quiere, la entrada en el convento, porque yo, por muy Cabezón que sea, no tengo medios de colarme...

—¡Me deja usted acónito, como diría el camarero!—exclamó Ventosa.

—Pues me lo asegura quien lo ha visto verbalmente.

—En fin... puede ser.

—¿Recuerda usted cómo se llama la despensera?

—Sor Mermelada.

—Pregunto por su nombre de pila.

—Dolores.

—¿Lo ve usted?... Nada, nada. Esa es mi Lola, mi adorable *Californita*. Dios ha querido que al fin tropiece con ella.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el galeno, haciéndose *in mente* veinticinco cruces.

—Vamos a ver—agregó Cabezón, cada vez más entusiasmado—. ¿Tiene usted que visitar hoy a alguna monja?

—Sí, señor. Precisamente hoy tengo que ver a sor Angustias con objeto de prepararla para un *siete* que voy a hacerla mañana.

—¿Conque un siete?... Choque usted. No sabe cuánto me alegro.

—Más que la paciente, de seguro. ¡Cuando digo que este hombre está loco!...—dijo para sus forros el doctor.

—En fin, hasta soy capaz de perdonarle a usted aquellas mil pesetejas que...

—¡Pues no está tan loco!—interrumpió Ventosa con el pensamiento.

—En resumidas cuentas, doctor amigo, ¿quiere usted facilitarme la entrada en el convento, llevándome como ayudante suyo?

—Querido Cabezón...

—¿Se niega usted...?

—¡Hombre!... En fin, acepto, si usted me promete limitarse a ir dándome los instrumentos quirúrgicos que yo le pida, sin hablar palabra.

—Claro es que los que usted me pida, porque yo no conozco más instrumentos que la guitarra, el fagot y otros dos ó tres.

—De ese modo—dijo el doctor—y en atención a que usted se lo merece, le haré tan señalado servicio. De otro modo, usted se comprometería, y mi honradez profesional...

—No hablemos más, doctor.

—Bueno, pues... mañana a las nueve se pasa usted por mi casa, Blanca de Navarra...

—¿Tiene usted en Navarra una casa blanca?

—No. Calle de Blanca de Navarra, número seis... Y al convento en seguida.

—¡Oh! Me hace usted el hombre más feliz del mundo... Y puede usted considerar cancelada nuestra deuda.

—Muchas gracias, Cabezón—le dijo Ventosa, dándole una afectuosa palmada en el hombro izquierdo, del cual saltó una ligera nubecilla de polvo, procedente aún de la carretera de Valdecarámbanos.

Y sin hablar más, levantáronse ambos, pagó el doctor con media peseta legítima su café falsificado, y fueron saliendo del local silenciosamente; pero sintiendo rebullir en sus respectivos cerebros muy diferentes ideas.

—¡A ver si se arrepiente!...—pensaba el doctor.

—Después de todo—murmuraba Cabezón—, mil pesetas más o menos son una porquería para mí.

—¿Quién le habrá metido en este nuevo lío?—se preguntaba Ventosa, mientras abría la puerta de cristales.

—¡Me da el corazón que esta vez acierto!—musitaba, en fin, el pobre guillado, saliendo a la calle. Pero añadía con tristeza: —¡Verdad es que también me daba en Valdecarámbanos y por poco vuelvo a Madrid partido en rodajas como una butifarra vulgar!...

CAPITULO III

En casa de los titiriteros.

Dejemos al doctor Ventosa y al amigo Cabezón que, después de separados a la salida del café, vayan adonde mejor les plazca, y volvamos a hacernos cargo de Lucas Gómez y Perico Sánchez, que habían ido, como recordará el lector, en busca del famoso Pirueta, bien ajenos a la nueva pista que Cabezón iba a seguir para encontrar a su inolvidable *Californita*.

La habitación que ocupan Pirueta y su mujer es pequeña y alta; pero limpia y alegre.

La no muy feliz pareja carece de prole, y casi todo su capital está constituído por una perra chica. El animalito, suma y compendio de todas las habilidades perrunas conocidas, proporciona considerables ganancias a sus explotadores, que la quieren, si no tanto como a una hija, bastante más que a una sobrina segunda.

Entre los muebles que integran la estancia de los titiriteros se halla un cajón grande forrado de cinc, donde duermen, y a veces roncan, cuatro serpientes domadas por la dulce reina de aquel hogar; sobre una consola yace un violín, en un rincón un bombo y en otro unas pesas que a ser de hierro como son de cartón ya se hubieran pasado al piso de abajo.

Encima de las sillas y colgados en los boliches de las puertas vense prendas de vestir confeccionadas con telas de llamativos colorines, desde el rojo chirimoya hasta el verde Chelito.

En el momento en que nos van a ser necesarios estos personajes para el desarrollo de nuestro verídico relato, Pirueta, hombre vividor si los hay, pero con vinagre de yema en el sitio de la sangre, se encuentra poniendo verde a su señora porque ésta no se ve acompañada de la fortuna en ciertos nuevos equilibrios que está ensayando, con gran asombro de la perra chica, que sentada en el estuche de los reptiles, la mira sin pestañear.

Realmente, es muy difícil el ejercicio. Eso de sostener sobre la nariz un pepino, encima del cual oscila un paraguas abierto, que a su vez sostiene un anafre con un quinqué encendido, no está al alcance ni aun del más humilde escribiente, que es quien más equilibrios tiene que hacer para sostener a su familia.

Cuando más barbaridades estaba ensartando Pirueta contra la sudorosa mujer, porque se la escurría el pepino y zozobraba el anafre... tilín, tilín, un formidable campanillazo cortó la escena; Pirueta corrió a la puerta y descorrió el cerrojo; vibraron en la escalera voces de hombres, y al medio minuto penetró en la estancia antes descrita el adusto volatinero, seguido de sus visitantes Perico Sánchez y Lucas Gómez.

—Buenas noches, señora—dijeron a la joven que allí estaba

—Muy felices las tengan ustedes—contestó ella, que se hallaba muy sofocada y con pocas ganas de broma.

La perrita, conocida por el honroso nombre de *Pitusa*, miraba con extrañeza a los recién llegados; pero no pronunciaba una palabra.

—Tomen ustedes asiento—les dijo Pirueta—, y sepamos en qué puedo servirles. Esta—añadió señalando a su mujer—no necesita

permanecer aquí de cuerpo presente mientras hablamos; así es que... arreando.

—No es un secreto—interrumpió Sánchez—lo que vamos a tratar.

—De todos modos—dijo ella—, comprendo la indirecta, y me voy a la cocina, porque el *piri*, si no se le cuida bien, se desmejora.

Y, seguida de la *Pitusa*, desapareció la malabarista por el foro.

Sentados los tres hombres en sendas sillas, como es natural, dijo Pirueta:

—Y bien, ¿qué es lo que se les ofrece?

—Pues mira—dijo Sánchez, dando pitillos a los otros—, se trata de continuar con nuestro perturbado amigo Cabezón la broma que estamos dándole hace tiempo. Ya no sabemos qué pista hacerle seguir para que averigüe el paradero de su tormento adorado, y se nos ha ocurrido, como guasa final, que la busque mañana en vuestro barracón de la verbena, donde vamos a asegurarle que está. Se llevará el centésimo chasco, y si a éste se le ameniza con una buena colección de mamporros, claro es que sin consecuencias, y con un escándalo morrocotudo, quizá logremos que tal escarmiento le haga renunciar a su manía para siempre.

—¡Bravo!—repuso Pirueta—. ¿Y qué es lo que debo yo hacer?

—Ante todo—respondió Gómez—dinos qué rótulo vais a poner sobre la entrada del barracón.

—*La Mujer Maravillosa.*

—Pues cien pesetas te damos si substituyes ese título por otro que diga: *La Californita*, que es como Cabezón conoce a su...

—¡Pero, señores; francamente!...

—¡Ah! ¿Te niegas?—preguntó Sánchez algo amoscado.

—Nunca—contestó Pirueta—. Siendo cosa de usted... ya sabe que de cabeza... Y no hay más que hablar. Es más, hasta podía vestirse mi mujer de indígena de California, con algo típico de aquel país...

—Perfectamente—dijo Sánchez—. No te pesará.

—Pues quedarán ustedes complacidos, aunque no acabo de comprender...

—Bueno; mañana volveremos por aquí. ¿Quién va a pintar el rótulo?

—Yo mismo—dijo Pirueta—. Ya sabe usted que hago de todo. Lo mismo saco una muela, que toco la bandurria, que hago el cerdo, que pinto unas bambalinas...

—¿Y qué tal va el negocio?—interrogó Sánchez.

—¡ Pché !, regular ; porque cada día tenemos que pagar más contribución los artistas de circo. Pero es lo que yo digo : ¿ por qué no la pagan también los muchos excéntricos que andan por el mundo, y los danzantes, que no escasean, y los que pasan por el aro, que no son pocos, y los que cambian de traje conforme les conviene, y los que tocan el violón, y los que tienen que andar de cabeza, y las mujeres dislocadas, y los que hacen planchas, que también abundan ?

—Tienes mucha razón—dijo Gómez.

—Nosotros hemos hecho de todo ; hasta de sastres.

—¿ Qué desastres habéis hecho ?

—Digo—repuso Pirueta—que hasta hemos hecho prendas de vestir. Y aquí me tienen ustedes hoy, con este gabán, color amaseca, aprendiendo a imitar a varios animales. Algunos me salen regular. Lo que más trabajo me cuesta es hacer el buey, aunque mi mujer dice que es lo que hago mejor. En fin... el caso es ir viviendo y que no nos falte el pan de cada día, aunque cada día pese menos de lo debido.

—Bueno, pues... ya sabes lo tratado—dijo Gómez, quien, levantándose a la vez que su amigo, se despidió, lo mismo que Sánchez, del artista enciclopédico, quedando en volver por allí al siguiente día, sin sospechar nada de lo que habían proyectado en el café Cabezón y el médico.

No bien hubieron salido Sánchez y Gómez del domicilio de Pirueta, éste llamó a su mujer y la dijo :

—Cien pesetas más en el bolsillo. Pero ya no eres *La Mujer Maravillosa.*

—Chico ; no comprendo una palabra—dijo la de los equilibrios.

—Pues... nada, tonterías, bromazos, cosas de gentes desocupadas y caprichosas.

—Pero bien...

—Uno de mis protectores lo pide... y basta. Ya verás ; te pongo el plumero sobre la mollera ; te pinto el pellejo de color de chocolate ; te cuelgo de las orejas el par de servilleteros que me regaló doña Gumersinda ; te cuelgo unos plátanos alrededor del vientre, por la parte de afuera, y...

—¿ Y cátame una india ?

—Más india que el *molusco* de *La Africana*—dijo Pirueta, que, aunque sabía hacer múltiples cosas, no entendía mucho de etnografía ni de indumentaria.

—¡ Cómo me extraña todo esto !—exclamó su mujer.

—Pues anda; apáñate un traje, y al avío. Todo menos resignarnos a comer aleluyas, porque ni aun con bicarbonato se digieren bien; y como cien pesetejas más no son ninguna tontería... En fin; mañana madrugaré para pintar el nuevo rótulo, y ahora me voy al tupi del Churruscao. Conque... ahí te quedas.

—¿Y te vas así, sin darme un beso?—dijo la domadora.

—No seas exigente—respondió su hombre.

—Calla, si algunas veces debiera pegarte; ¡porque eres más despegao!...

Pirueta no quiso escuchar las últimas palabras de su mujer, y salió silbando un tango con rumbo a la calle.

Ella se tumbó en el tálamo nupcial, entregándose a Morfeo, por no estar ociosa, y a poco se quedó como un tronco de los más soñolientos, sin hacer caso a la perra chica, que la pedía un perro grande con mucha necesidad.

CAPITULO IV

El convento de San Blas.

El claustro de esta santa jaula, ocupada por veinticinco pajaritas de blancas tocas, pardos hábitos y gangosa voz, es un claustro como todos los demás, y no incurriríamos en pecado de inexactitud si le denominásemos claustro materno, puesto que madres son las que lo habitan.

Cuando la acción de este verídico relato se desarrolla, una preocupación profunda domina los veinticinco espíritus que componen la comunidad.

Sor Angustias las está pasando morrocotudas en el lecho del dolor. La pobrecita, que cuenta con las simpatías de todas sus compañeras, caso verdaderamente extraño, hállase postrada en su celda, sufriendo las molestias que la tumefacción la produce en un pecho.

No vaya el lector a confundir esta enfermedad con lo que vulgarmente se llama «un pelo»; dolencia que equipara a las mujeres que la padecen con los hombres bravos, puesto que nos demuestra que si hay individuos de pelo en pecho, también hay señoras de lo mismo.

La enfermedad de sor Angustias era muy otra, y la operación quirúrgica indicada para su salvación iba a tener efecto inmediatamente, siendo el doctor Ventosa el encargado de realizarla.

Las veinticuatro compañeras de la enferma bullían, rezaban y murmuraban aquella mañana fatal de un modo extraordinario, haciendo ver que algo anormal ocurría en el convento.

El padre capellán había sido avisado oportunamente por lo que pudiera ocurrir, y se hallaba paseando por el claustro principal y fumando uno tras otro varios cigarrillos (porque intentar fumarlos a la vez hubiera sido una majadería), cuando se le presentó de repente nada menos que el doctor Ventosa.

—Mi señor doctor...—le dijo el capellán, estrechándole la diestra mano.

—¡Hola, páter!—correspondió el facultativo—. ¿Cómo está la paciente?

—Impaciente—contestó el cura.

—Pues ya me tiene aquí.

—¿Pero viene usted solo?

—No, señor. Ahí detrás viene mi ayudante, el doctor... el doctor Peroné.

—¿Pero... qué?

—Peroné.

—Muy señor mío.

—Ha ido en busca de mi caja de instrumentos; porque aquí ya sabe usted que no hay más instrumento que el órgano.

—¡Claro está, señor Ventosa!—exclamó el sacerdote—. ¡También tiene usted unas ocurrencias!... Por supuesto que cuando usted lo trae consigo no será rana.

—¡Quiá! ¡Es un pez!... Pero vale mucho. Le conocí siendo médico de Pacotilla.

—Entonces valdría poco...

—No; si Pacotilla es un pueblo de la Mancha.

—¡Ya!... ¿Quiere usted un pitillo?—dijo el capellán, presentando abierta su petaca de níquel al doctor, que aceptó de buen grado el ofrecimiento.

—¿Es de picadura?

—No, señor; es hebreo, como yo llamo a los de hebra—repuso el cura, sonriendo.

—¿De modo que usted prefiere las hebras a las picaduras?—preguntó Ventosa con cierta guasa.

—Sí, señor; como cada hijo de vecino—respondió el sacerdote, ofreciendo al médico un encendedor que había sacado de los *antros* de la sotana.

—¡Magnífico artefacto!—exclamó Ventosa, viendo cuán pron-

to y cuán bien funcionaba su mecanismo luminoso—. Es admirable, es de lo mejor que he visto, es...

—No siga usted elogiándolo.

—¿Por qué?

—Porque al buen encendedor con pocas palabras basta.

En estas tonterías se hallaban entretenidos el médico de cuerpos y el de almas, cuando por el fondo del claustro apareció la silueta de nuestro buen Cabezón, que conduciendo en la mano izquierda un estuche, al parecer, de cirugía, fué avanzando, no muy decidido, hasta donde Ventosa y el cura se encontraban.

—¡María Santísima! ¡El padre Nicomedes!—exclamó Cabezón para su interior, al echarse a la cara las narices del capellán. Y su color, hasta entonces pálido, tornóse lívido, como se solía decir en las novelas de Ortega y Frías.

—¡Rebonete! ¡Si es Cabezón!—exclamó a su vez el clérigo para sí, maldisimulando su profunda sorpresa.

—Buenas tardes—dijo en alta voz el recién llegado.

—Muy felices—respondió el presbítero.

Y el bueno de Ventosa hizo acto seguido la consiguiente presentación.

—Presento a usted al doctor Peroné—dijo con aire solemne el verdadero doctor.

—Pero venga usted acá—dijo don Nicomedes al seudo-ayudante—. ¿No era usted antes Cabezón?

—No recuerdo—contestó el interpelado, presa de una turbación muy justificada.

—Pues juraría que...

—¡Oh!—exclamó Ventosa, cortando la conversación y abrazando a su amigo—. Este Peroné vale mucho.

—¡Mil pesetas!—dijo para sí el médico *ful*, recordando la deuda que por aquel extraordinario servicio quedaba perdonada. Y añadió alto, con aire de gran modestia:

—No valgo nada, señor.

—¿Trae usted el estuche?

—Sí, maestro; mírelo usted. Aquí viene envuelto, para que el polvo no lo empañe.

—¿Lo cogió usted del armario que yo le indiqué?

—Precisamente.

—Muy bien, señores. Pues... vamos allá.

—Vamos—dijo Cabezón. Y ambos se separaron del capellán,

dirigiéndose a la lejana celda ocupada por la infeliz sor Angustias.

Aprovechó Ventosa aquellos momentos para reiterar a su fingido ayudante cuantas advertencias le tenía hechas respecto al desempeño de su cometido; y en estas pláticas iban cuando les salió al paso una madre no mal parecida, que, después de hacerles un saludo con la cabeza tocada, les dijo:

—En el refectorio tienen preparado el chocolate.

—¿Ah, sí? Pues íbamos a ver a la enferma; pero lo primero es lo primero—dijo el doctor en tono de broma.

—¿Será un chocolate exquisito?—preguntó Cabezón.

—Sí, señor—dijo la monja—. Elaborado a brazo.

—¿A brazo partido?

—Hacemos muchas tareas.

—¡Bien atareadas estarán ustedes!

—Y la despensera lo bate muy bien.

—¡Mi Lola!—exclamó para sí Cabezón, dando un salto con el espíritu.

—Ya ven ustedes si lo hará bien, que no se la pega nunca.

—Pegarla sería una injusticia. ¡Pues no faltaría más!—dijo Cabezón, un tanto nervioso, dando torcida interpretación a la frase de la monja.

—Bueno, bueno. ¿Vamos ya?—dijo el doctor, reanudando la marcha.

—¡Cuánto daría *yo*—exclamó la religiosa—porque saliéramos con suerte de la empresa de hoy!

—¿Pues y yo?—repuso Cabezón, aludiendo a su aventura—. En fin; pronto voy a ver a ese ángel de la despensa...— Y en unión de Ventosa siguió, claustro adelante, a la simpática sor que les guiaba; pero asomando a su semblante un gesto de contrariedad mal reprimida, fundada en la pícara casualidad de haber tropezado allí con su antiguo amigo el padre Nicomedes, mientras éste quedaba pensativo en el otro extremo del claustro, mascullando entre dientes:

—¡*Hic homo est Cápitam magnam*!... Este hombre es Cabezón... No me cabe duda. ¿Pero cómo demontres se ha hecho médico?... Sumido estoy en un mar de confusiones.. Y debe de ser el mar Negro; porque maldito si veo claro en el asunto. En fin, Dios, nuestro señor, se dignará iluminarme...

CAPITULO V

Seguimos en el claustro.

Mientras los doctores, el legítimo y el falsificado, visitan a la enferma, las religiosas de San Blas forman corrillos, comentan la próxima hazaña de la Ciencia, manifiestan su intranquilidad por el acierto del cirujano y piden a Dios que un éxito feliz corone la operación.

En la celda más cercana a la de sor Angustias está la madre abadesa, respetable señora de ciento tres kilos de peso y con tal fuego en la cara que a cierta distancia parece un queso de bola con tocas.

A su lado se halla la despensera interina, la novicia Dolores, joven cuya belleza, realzada por la corrección de líneas de su traje nítido, forma singular contraste con la fealdad involuntaria, pero indiscutible, de la madre superiora, conocida por sor Transververación de las siete llagas de San Apolinar. Esta, ¡vaya una madre superiora! La otra, ¡vaya una hija superior!...

Conversando están ambas y manifestando tan honda emoción, que cualquiera que las oyere adivinaría, por el balbucir de sus palabras, que tratan del probable fin próximo de una hermana querida, más bien que del precio del escabeche ó de las verrugas del demandadero.

La monja que se había separado de los médicos después de acompañarlos, se dirigió a la abadesa y llena de interés la preguntó:

—¿Tiene valor la enferma?

—¡Calle, por Dios!—contestó la superiora—. Lo que siente con toda el alma es que tenga que tropezarla mano de varón, por muy cirujano que sea. ¡Y en qué sitio, madre de los ángeles! ¡Ella que no quiso nunca ser nodriza por no exponer nada!... ¡Lo que es la vida!... Y para mayor contrariedad suya, quizá no venga solo el doctor Ventosa.

—No, señora; viene con él un ayudante nuevo que ya no es joven.

—¡Otra contrariedad!

—¿Por qué es viejo?

—No; porque es nuevo.

—Creo que es una especialidad para las friegas.

—¡Dios nos libre!—exclamó, santiguándose, la superiora.

A todo esto, la novicia Dolores, allí presente, hallábase callada y triste.

—¿Qué te pasa, Lola? ¿Vas a enfermar tú también?—la preguntó la abadesa, con un gesto de cariño dibujado en el queso.

—No, madre, no lo quiera Dios... Porque aborrezco a los médicos. ¡Y es que el recuerdo de aquel hombre me persigue siempre!... Por él profesaré dentro de un mes... Por la perfidia de Luis Moreno, de aquel médico sin entrañas...

—Y sin enfermos, que es peor.

—¡Parece que le veo aún!—añadió Dolores.

—Hija mía—la dijo la abadesa, estrechando las suaves manos de la joven con las suyas, que parecían dos alpargatas rojas—. Olvídalo todo, y distráete con los quehaceres propios de tu cargo interino... Anda, ya es hora de que prepares las legumbres para la cena... Triste cosa es que las cristianas tengamos que valernos de las judías; pero no hay más remedio.

—¡Qué desgraciada soy!—exclamó Dolores, y lanzando frecuentes y sonoros suspiros desapareció claustro adelante.

—¡Pobre Lola! No la distrae nada—dijo sor Transververación a la otra madre, menos abadesa, pero más guapa.

—Nada—repuso ésta—. Ni aun las pláticas del padre capellán la entretienen.

—Por cierto que ayer no ha estado muy feliz el buen señor—añadió la superiora—. Ya ve usted que dijo tres veces «la Santa Seda», por decir «la Santa Sede». Y es que el pobrecito ya va estando un poco torpe...

Ruido de pasos en la galería anunció, naturalmente, que alguien se acercaba. En efecto, eran Ventosa y su ayudante, que venían hablando de los preparativos de la operación.

—¿Cómo vamos, madre abadesa?—preguntó Ventosa a la religiosa más pesada de la comunidad.

—Estoy muy excitada, doctor.

—¿A ver ese pulso?—dijo éste, tomándoselo. Y agregó, traspasando al falso galeno la muñeca derecha de la superiora, que más que muñeca era una pepona—. Tómeselo usted, amigo... Peroné.

Cabezón se agarró al pulso de la abadesa como a una cucaña.

—¿Qué le parece?—preguntó Ventosa.

—Que no se lo encuentro.

—¿Eh?

—Que no se lo encuentro... muy alterado.

—Bueno. Basta de conversación y venga ese estuche—dijo Ventosa, dispuesto a todo.

Cabezón le entregó el envoltorio que conducía. Ventosa lo palpó y lo miró con justificada escama, y dándose cuenta rápidamente del error padecido, llamó aparte a Cabezón y le dijo con mal disimulada ira:

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Qué ha hecho usted? ¡Si me ha traído el neceser de tocador!...

—¡Cómo! ¿A ver?—exclamó Cabezón asustado.

—Pues mire usted—dijo Ventosa, entreabriendo el estuche—. Cepillos, peines, jabón...

—¡María Santísima! ¡Pues es verdad!... Nada, querido Ventosa; perdóneme usted. Equivoqué el armario, y...

—¿No le dije el de la izquierda?

—Pues el de la izquierda.

—¿Entrando?

—No; saliendo.

—¡Acabáramos!...—dijo indignadísimo Ventosa, y agregó:

—En dos brincos voy a casa y deshago el error.

El cuchicheo de ambos amigos no pasó inadvertido para la abadesa, la cual murmuró para sus hábitos:

—¡Qué horribles misterios serán éstos!...

—Señoras madres—dijo el doctor a las monjas—, necesito cambiar unos instrumentos. Voy a casa y en seguida vuelvo

—¡Que el Señor le acompañe!—dijo la abadesa con voz más gangosa que nunca.

—No; el señor se queda aquí—repuso Ventosa, entendiendo que la buena señora referíase a Cabezón. Y añadió, dirigiéndose a éste:

—Amigo Peroné. ¿No quería usted ver a una novicia?... Pues esta es la ocasión. Ea... Abur...

Y el doctor salió de aquella mansión de Dios como alma que lleva el diablo.

Comprenderá el lector lo justificado de aquella velocidad. Si quedaba el falso médico allí solo por mucho tiempo era facilísimo que se descubriera el embuste y que el ridículo anulase en un momento el prestigio del verdadero doctor.

Cabezón, por su parte, no deseaba otra cosa que la ocasión de ver a la despensera, que según le habían asegurado, no era otra que su Lola, su *Californita*, por la cual era capaz de arriesgarse a todo género de aventuras, por absurdas y peligrosas que fueran.

¿Qué ocurrió en el convento durante la brevísima ausencia de Ventosa?

Pues ni más ni menos que la escena siguiente desarrollada entre Cabezón y las monjas:

—Si sale bien sor Angustias—dijo la abadesa—el domingo tendremos misa de tres.

—Muy tarde me parece—repuso Cabezón.

—De tres curas quiero decir.

—Oiga usted, señora; ¿podría ver a María de los Dolores?

—Está de despensera, y hasta dentro de un rato no podrá venir.

—Esperaré—dijo Cabezón, resignado.

——Y diga usted—agregó la superiora—. ¿Usted cree que sanará sor Angustias?

—Según. Si se interesa el cerebro...

—¡Hombre, por Dios!... El cerebro está muy lejos para interesarse.

—Eso no importa—dijo Cabezón sin turbarse—. Más lejos está usted, y seguramente se interesa.

—Eso sí.

—Según parece—añadió el falso doctor—, lo que tiene sor Angustias es un desfalco en el hígado.

—No conocía esa enfermedad.

—Ni yo tampoco—dijo Cabezón con la mayor frescura.

—¡Qué sabio debe de ser este médico!—exclamó la otra monja. Y familiarizándose con el nuevo facultativo, se atrevió a decirle:

—Doctor, yo soy cardíaca.

—¿Sí? Pues más bien parece usted aragonesa.

—Pues soy cardíaca desde joven y quisiera hacerle a usted una pregunta. ¿Qué haré si el corazón se me paraliza?

—Fallecer inmediatamente.

—Pero antes...

—Enjuagarse con malvavisco.

—¡Oh, qué gran cabeza la de usted!...

—¡Qué cabezón!, querrá usted decir...

El doctor apócrifo iba salvando su situación equívoca gracias a la simplicidad de aquellas buenas madres; pero no duró mucho, porque Ventosa se presentó de nuevo en el santo lugar muy oportunamente.

—¿No he tardado, eh?—se preguntó a sí mismo, y añadió, entregando a Cabezón el estuche que conducía:

—Amigo Peroné; puede usted ir sacando esos chirimbolos.

La abadesa miró de reojo el estuche y exclamó:

—Sólo de contemplar eso me tiemblan las piernas.

—En mi vida las he visto más gordas!—se dijo Cabezón, que cada vez estaba más comprometido en su falsa situación y más impaciente por ver a su amada.

—¿Está todo preparado?—preguntó Ventosa.

—Sólo falta el capellán. Por cierto que sor Angustias le quiere muy cerca.

—Bueno; entremos nosotros.

—¡Y que Dios nos proteja!—dijo la superiora, marchando a la celda de la paciente con paso firme, tan firme, que hacía retemblar el piso, y sin palidecer por nada, como a la mayoría de los quesos de bola suele ocurrirles fuera del claustro.

CAPITULO VI

Una decepción más.

El padre capellán, aguardando el instante de ser llamado, y la novicia Dolores, deseando hablar con el padre capellán, se encontraron de manos a boca en plena galería.

Lola abordó desde luego al sacerdote.

—Don Nicomedes—le dijo, después de besarle la funda del metacarpo—, a usted, que es mi padre espiritual, debo decírselo todo. Las otras novicias me han asegurado que el médico nuevo es... es... ¿Usted sabe si realmente es el doctor Peroné, como dicen?...

—¿Quieres, hija mía, que te sea franco?

—¡Sí, por Dios!

—Bueno—dijo el capellán en tono de misterio—; pues has de saber que ese hombre se ha fingido Peroné... Pero no. Yo sé que no es tal.

—¿Luego ha entrado aquí con nombre supuesto?

—No me cabe duda.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Lola desesperada—. ¡Es él! ¡Es Luis Moreno, que ha hecho una de las suyas!

—¿Cómo?—preguntó don Nicomedes con extrañeza.

—¡Ay! ¡Yo me pongo mala!—dijo Dolores.

—No; antes de ponerte mal, escúchame bien. Ese señor no es Moreno.

—Pues usted dice que no es Peroné.

—Porque es Cabezón—afirmó el cura.

—¿Cabezón? Eso lo dice usted para despistar y para consolarme... Pero yo me pongo mala... Porque es Moreno indudablemente.

—¿Pero quién será este hombre?—se preguntó el capellán, que ante semejante lío no respondía de encontrarse en sus cabales.

La casualidad se encargó de hacer que en aquel momento apareciese Cabezón, todo azorado, pidiendo una copa de Jerez para la enferma.

—¡Este es!—dijo a Lola el capellán.

—¿Sí?—exclamó la novicia—. ¡Menudo susto me he llevado!

—¿Por qué?—la preguntó Cabezón.

—Porque había creído que era usted Moreno.

—Pues, no, señora; soy un armiño mal comparado. Conque ¿dónde está la despensera?

—Servidora de usted.

—¿Usted?... ¡Ca!

—¿Cómo que no?

—Como que usted no es *La Californita*. No; usted no es Dolores Torbellino, la que entró aquí arrepentida de sus locuras—dijo Cabezón completamente exaltado y sin acordarse de la madre de Jerez ni de la copa de Angustias para nada.

Excusado es decir la estupefacción que se apoderó del capellán y el miedo que dominó a Dolores ante aquella salida del médico *ful*, producida indudablemente por un ataque de enajenación mental.

—¡Ca! ¡Usted no es la que emigró a Buenos Aires, después de aquellas inolvidables francachelas!

—¡Claro que no soy!—exclamó Lola, sobrecogida por el espanto viendo la descompostura de aquel hombre tan extraño.

—¡El Jerez!—se oyó gritar a la superiora desde la puerta de la celda.

—¡Voy a escape!—dijo Dolores, corriendo hacia la despensa.

—¿Pero qué ocurre aquí?—preguntó alarmada sor Transververación de las siete llagas de San Apolinar.

—¡Que ésta no es mi novicia!—respondió Cabezón.

—¿Cómo?

—Que no es *La Californita*, que no es la hija de Torbellino.

—No, señor mío; ésta es Dolores Palomeque, la hija de un honradísimo colchonero de la calle de la Comadre.

—En resumen: que no está aquí tampoco; que recibo el chasco número cincuenta; que no doy con ella, y que para lo que he de estar en este convento...

La abadesa y el capellán se miraron (hay quien asegura que no por primera vez), y al ver a Cabezón que se paseaba agitado y convulso, dijo don Nicomedes lanzándose tras el loco:

—¡Pero señor Peroné!

—No soy Peroné.

—¡Pero señor Cabezón!...

—No soy Cabezón.

—Pero señor de Moreno...

—¡Qué Moreno ni qué narices!...

Todo esto hacía crecer más y más el sobresalto en el ánimo de la abadesa, que comenzó a pedir socorro a grandes voces, convencida de que aquel hombre sin juicio no podía realizar nada bueno.

A los berridos de la superiora, respetables por ser suyos, pero berridos al fin, acudió el doctor Ventosa, seguido de veinte monjitas que, alarmadas ante lo que pudiera ocurrir, chillaban como grajos recién deshonrados.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?—preguntaban todas ellas atropelladamente.

—¿Qué significa esto?—preguntó el médico

—¡Que ya estoy harto de chuflas! ¡Que me están dando el gran bromazo, y que ya se me ha concluído la paciencia!

—Pero...

—Nada; que esta Lola no es mi *Californita*, no es la Lola que yo buscaba.

El asombro se pintó en los rostros de todos los presentes, y tardó mucho tiempo en despintarse. La mayoría de las religiosas sintió surgir en su corazón la piedad hacia el pobre demente, más bien que el terror ante sus desmanes.

—Señores—decía el infeliz—. ¿A qué seguir la farsa? ¡Ni yo soy médico ni cosa que lo parezca!

—¡Pobrecito! ¡Se ha vuelto loco de repente!—exclamaba el doctor Ventosa, a quien Cabezón comprometía con sus delatoras palabras.

—¡Ah! ¡Qué razón tenían ustedes al asegurarme que Lola no estaba aquí, sino en el barracón de la verbena!... No hay más remedio que ir allá...

—¡Pobre amigo mío!—repetía Ventosa, como comentario único a los exabruptos de Cabezón.

—Pero, doctor; ¿a quién nos ha traído usted aquí?—preguntó la abadesa.

—¡Qué sé yo! ¡Al demonio!

—¡Jesús, María y José!—exclamaron todas las monjas gangosamente, y huyeron despavoridas.

No me atrevería a asegurar que el capellán no lanzase *in mente* algún que otro ajo de los más modestos ante la imposición de las circunstancias.

Ventosa rugía para su camiseta:

—¡Nos hemos lucido, Cabezón!

Y el exaltado monomaníaco abandonaba el santo lugar gritando desaforadamente:

—¡Al barracón por ella! ¡Al barracón!... ¡Al barracón!...

CAPITULO VII

La verbena de Chamberí.

Cada año es más grande la verbena que a mediados de Julio se celebra en la populosa barriada de los chamberileros. Y decimos que es más grande, no sólo por la extensión que abarca y por la concurrencia que la anima, sino por la diversidad de puestos, tiendas, rifas, barracones, salas de baile y artefactos de movimiento que para el solaz o más bien para el mareo de los concurrentes van estableciéndose por aquellos sitios bulliciosos en tan clásicos festejos estivales.

En una de las más amplias vías del barrio, guarnecida de hiladas de casetas destinadas a la fabricación de buñuelos y a su consumo subsiguiente, destacábanse dos elementos de recreo que llamaban poderosamente la atención de los feriantes. El de la izquierda era un enorme aparato giratorio movido por la electricidad y formado por asientos de diferentes hechuras, en los cuales, dispuestos de modo que subían y bajaban automática y vertiginosamente, no había curioso y atrevido favorecedor del pasatiempo que no arrojase a la segunda vuelta, no ya la primera papilla que tomara, sino el primer biberón que administraron a su pobrecita abuela; todo por la corta cantidad de veinte céntimos y bajo el título de «La fatiga escachifollante». Y a la derecha se encontraba un barracón, construído con relativa solidez, en cuyo pórtico y sobre un tablado cubierto de roja percalina podía verse una colec-

ción abigarrada de cartelones y banderas y, coronando el frontispicio, un rótulo formado por gigantescas letras que decía:

LA CALIFORNITA
Domadora y malabarista fenomenal.

El formidable Pirueta, a quien tuvimos el gusto de conocer anteriormente, paseábase a lo largo del tablado en traje de payaso y tocando el tambor con verdadera saña. Su distinguida consorte, vestida de india fantástica y recostada en el quicio de la puerta, percudía un bombo, y dos socios más, fuera de quicio, tañían el trombón y el cornetín de una manera descompasada.

De vez en cuando, Pirueta, dejando reposar el parche, especie de complemento del vientre, se dirigía al aglomerado público que se extasiaba ante el pórtico del barracón, y le soltaba, sobre poco más o menos, el siguiente *speach*:

«¡Señoras y caballeros, adelante! ¡Pronto va a comenzar la exhibición de *La Californita*, la mujer más prodigiosa del mundo! ¡Sus trabajos han sorprendido a los públicos de América, Asia, Oceanía y Torrecilla de Cameros! ¡Como domadora de serpientes no tiene rival! ¡Como malabarista excéntrica está premiada por los soberanos de catorce países diferentes! Y como mujer dislocada, es capaz de dislocar a un arcipreste... También tendré el honor de

La aglomeración de gente que había delante del barracón y el bullicio general de aquel animado paraje, impidieron a Perico Sánchez y al doctor Ventosa darse cuenta, desde el velador que ocupaban, de la violenta entrada de Cabezón en la concurrida barraca de Pirueta, y tranquilamente seguían conversando, no sin extrañar la tardanza de Gómez y de Cabezón en llegar al punto de la cita.

—¿Qué va a ser, simpáticos?—preguntó a los recién sentados una camarerita zalamera.

—Anís del Mono—contestó Sánchez.

—Para mí otro más fuerte—dijo el médico.

—Corriendito—dijo la servidora de ambos, haciendo un mohín encantador y ahuecando el ala.

—Deben de estar al caer.

—¡Amigo, lo del convento ha sido brutal!

—Habrá hecho allí muchos disparates...

—No le he dejado yo, por la cuenta que me tenía. Pero no he podido evitar que mientras yo me quedaba terminando el chocolate

se le quejase una novicia de tristeza de ánimo. ¿Y qué dirá usted que la recetó?

—¿Enjundia de gallina?

—No, señor. Pediluvios en los riñones.

—¡Qué barbaridad!

En esto la gentil camarera llegó con las copas encargadas y dijo al dejarlas sobre el velador con sus manitas de azucena:

—Aquí está esto.

—¿Este es el del Mono?—preguntó Perico, aproximándose una copita.

—Sí, señor; éste el de usted.

—Muchas gracias—dijo Sánchez comprendiendo la intención de la camarera, que, después de cobrar el servicio, se retiró por el foro, taconeando como una *tangouse* distinguida.

—Por supuesto—dijo Ventosa, reanudando su primitiva conversación—que hoy, después de este último chasco que proporcionamos á Cabezón, el infeliz nos pega.

—¡Bien vamos a reirnos a costa suya!

—Por última vez, ¿no es verdad?

—Naturalmente. ¡Pero mire usted que cuando se vea frente a la titiritera... y tampoco!... ¡Já, já, já!

—¡Já, já, já!—exclamó también el doctor, haciendo servir de coda a su carcajada homérica el último sorbo de aguardiente de Chinchón.

Regodeábanse ambos amigos con el definitivo bromazo de que se habían propuesto hacer víctima a Cabezón, cuando un ruido creciente de voces y golpes que salía del barracón les impulsó a levantarse de sus respectivas sillas y a dirigirse a él, a la vez que dos guardias de Seguridad (el 69 y el 606) subían al tablado y penetraban en el *palacio* de *La Californita*, arrollando al cornetín de la puerta, cosa facilísima, puesto que no estaba muy desarrollado.

No necesitaron entrar en el templo de los títeres Ventosa y Sánchez, porque al ir a verificarlo, vieron que materialmente se les presentar al respetable público la célebre *Pitusa*, la perra más inteligente de la creación... ¡Salta, dibuja, toca el clarinete, adivina lo que se piensa y habla mal del Gobierno! ¡Y todo por treinta céntimos! ¡Adelante, señores, adelante! Por veinte céntimos más, *La Californita* se deja tocar las pantorrillas... Vamos a empezar, señores... ¡Vayan pasando!...»

Y así, alternando los redobles del tamborilero con las filigranas

del pregón, pasaba Pirueta una buena parte de la noche, hasta que el interior del barracón se veía favorecido por numerosa concurrencia y podían comenzar los ejercicios anunciados.

Enfrente del establecimiento aludido se hallaba un bar, que había instalado allí un tal Barote, con veladores fuera de puertas, o sea en la parte exterior, y camareras dispuestas a complacer a los parroquianos con jarabes de todas clases, incluyendo entre ellos el jarabe de pico.

Ocupaban uno de los veladores nuestros amigos Perico Sánchez y el doctor Ventosa, quienes hacían recaer su palique sobre el famoso Cabezón, y contemplaban asombrados el barracón de los titiriteros, aguardando la llegada del monomaníaco amigo y el resultado de la broma final que se habían propuesto darle.

—¡Cualquiera conoce a Pirueta!—exclamó Sánchez, sin quitar ojo al payaso de enfrente.

—¡Pues anda que su socia!...—añadió el doctor.

—¡El demonio son estas gentes!...

—¡No ha sido mala suerte que, como usted me ha dicho, hayan querido prestarse el hombre y la mujer a la farsa preparada!...

—Por supuesto que el público no se fija en detalles; pero esa infeliz lo mismo puede ser de San Francisco de California que de San Sebastián de los Reyes.

—Con lo que más impresión produce a la muchedumbre inculta es con el acto de tragarse las estopas encendidas como si se tragase buñuelos de viento.

—Y, sin embargo, quien tiene las grandes tragaderas es él, según malas lenguas aseguran.

—Yo no sé—dijo Ventosa—lo que ocurrirá. Pero seguramente la autorización del toque de las pantorrillas por el módico interés de dos perras gordas será lo que mayores rendimientos proporcione a la desahogada pareja.

Mientras en estas charlas invertían el tiempo Ventosa y Perico Sánchez, el amigo inseparable de éste, Lucas Gómez, dirigía sus pasos hacia el «Bar Barote» (punto designado de antemano para la reunión de todos), conduciendo del brazo al ilustre guillado Perfecto Cabezón.

Estos no avanzaban silenciosos por el animado paseo. Venían conversando y en muy alta voz, por cierto, pues no de otro modo se hubieran entendido en medio del guirigay que armaban las estridencias de las trompetillas, el toqueteo de los organillos, las des cuidadamente impostadas voces de los vendedores, las bocinas de

los autos y el ruido intermitente de los cohetes y las tracas que no lejos de allí disparaba un reputado pirotécnico de la corte.

—¡Pero, hombre! ¡Me deja usted patidifuso!—exclamaba Lucas Gómez, después de escuchar lo que Cabezón le refiriera.

—Pues, sí, señor. Aquello del convento fué terrible. Yo perdí los estribos y saqué de allí la cabeza como una olla de grillos monásticos: sor Fulana, sor Mengana, el pulso, el bisturí, el chocolate, la hija del colchonero, el desengaño número cinco mil... y el demonio que nos lleve a todos.

—No hay que desesperarse, querido Cabezón. Antes de cinco minutos podrá usted ver a su Lola, a su *Californita* del alma, y el hallazgo seguro de la deseada mujer le compensará a usted de todos los chascos, chasquitos, chasquidos y chascases que lleva usted experimentados hasta la fecha.

—¿Y dónde podré verla?—preguntó Cabezón, con la esperanza pintada al pastel en su semblante estúpido.

—Allí enfrente. ¿Qué dice aquel rótulo?

—¡*La Californita*!

Como los seudonovelistas escudriñamos con eficacia los entresijos de nuestros personajes, no dudará el lector de nuestra honrada palabra si le aseguramos que Cabezón experimentó en la región cardíaca el efecto de un motín de vísceras, músculos, vasos, válvulas y sanguinolencias al contemplar el letrero que ostentaba el barracón de Pirueta sobre su adornado pórtico.

—¿Se convence usted?—preguntó Lucas Gómez a su amigo, que, parado en firme, procuraba inútilmente sujetarse el corazón con la diestra mano.

—Sí, señor. Pero estoy tan escamado, que hasta no ver a esa señora por la parte de adentro, no...

—Bueno, vamos allá. Pero antes hemos de reunirnos con Sánchez y con Ventosa, que nos aguardan en la terraza del «Bar Bareto».

—¿Y usted cree que los nervios me permiten demorar un solo instante el placer de ver a la mujer de mis ensueños? ¡De ninguna manera!

—Pero, hombre, aguarde usted un momento...

—¡Imposible!—rugió Cabezón, acelerando el paso y abriéndose camino a fuerza de codazos y empujones entre la compacta muchedumbre hasta llegar al barracón.

—¡Ahí va el exprés!—le gritaba una chula.

—¡Ni que viniera el kaiser!...—gruñía otra.

—¡ Valiente animal!—le decía un pollo verbenero, alcanzándole en la nuca con un matasuegras que acababa de mercarse.

Pero Cabezón, sin que le importase un cacahuete los dicharachos y los piropos con que le favorecían, llegó jadeante al barracón titulado *La Californita* y en él penetró violentamente, seguido de Lucas Gómez, dispuesto a recabar, fuese como fuese, la posesión de su adorada Lola y sin suponer que aquello podía proporcionarle un chasco más y una nueva situación ridícula ante sus amigos, a la vez que el más sonado acontecimiento de la verbena.
venía encima una avalancha de gente vociferadora y asustada, que huía precipitadamente del local ante los sucesos que allí se desarrollaron en menos que se persigna un ecónomo perturbado.

Entre los primeros que salieron se hallaba Lucas Gómez, que al ver a Sánchez y a Ventosa, les dijo, embargado por la emoción:

—¡ Amigos míos!...

—¿ Qué es eso?—preguntaron éstos impacientes.

—¡ Que los chasqueados somos nosotros!...

—¿ Cómo?

—¡ ¡ Que es ella!!

—¿ Lola?

—¡ La misma! ¡ La auténtica! ¡ La verdadera *Californita*!

—¿ Pero es cierto?

—¡ Ya lo creo!... Y Cabezón y Pirueta se la están disputando ahí dentro a puñetazo limpio.

—¡ Qué atrocidad!

—La perra, ladra; las serpientes, zigzaguean; la mujer, solloza; Pirueta, muge......

—¡ Auxiliemos a Cabezón!—dijo Ventosa, disponiéndose a penetrar en la barraca, donde sólo quedaban los contendientes, la causante de todo medio despintada, los guardias del casco duro y un grupo de curiosos, de esos que nunca faltan donde hay bronquitis.

Pero no llegaron a introducirse en el campo de batalla; porque en aquel preciso momento salían todos a la calle violenta y ruidosamente: Cabezón, sucio y magullado; Pirueta, preso por los guardias y aplicando a la madre del agresor frases que la favorecían muy poco; *La Californita*, presa también, aunque no por los guardias, sino presa de un ataque de nervios; la *Pitusa*, dando aullidos ininteligibles, y las cuatro serpientes, formadas en fila, sirviendo de escolta al grupo y sembrando el espanto en todos los circunstantes.

¡ Morrocotudo lío se armó en la verbena !

No es posible describir el escándalo de que fué teatro aquel paraje tan alegre y regocijado hasta entonces...

Poco después, en la Comisaría del distrito, tenía lugar, después de los consiguientes interrogatorios y atestados, la escena siguiente, que es la que, en uso del perfecto derecho que me asiste, destino a rematar este verídico relato, con el cual he fatigado involuntariamente al pío lector.

—¡ Pero, Lola ! ¿ Cómo has venido a parar hasta aquí ?—preguntó Cabezón a la titiritera de su alma.

—Dando saltos mortales, morrongo mío—contestó la interpelada—. ¡ Ya ves ! ¡ Cosas de la vida !

—Y quizá este bárbaro te habrá explotado inicuamente...

—¡ Sí, Cabezón de mis entrañas !—respondió Lola, dejando correr seis lágrimas que, al mezclarse con la pintura del rostro, formaron una especie de chocolate que estaba materialmente pidiendo sopas... Y añadía con la voz cortada por el cuchillo de la emoción :

—¡ Tú me libras de la tiranía de ese salvaje !... ¡ Cuánto lo deseaba, Cabezón de mi vida !... ¡ Cabezón de la sal !...

El doctor Ventosa, Perico Sánchez y Lucas Gomez no salían de su apoteosis, al ver cómo el gran bromazo que habían dispuesto en definitiva para Cabezón realmente había sido para ellos. Pero, a pesar de verse chasqueados, no les faltó la suficiente frescura para decir a su ajetreado camarada :

—¿ Lo ve usted ?... ¿ Pensaba usted que le engañábamos ?... ¿ Estaba Lola en la verbena, ó no estaba ?...

—Sí estaba, sí. Naturalmente. ¡ Gracias, amigos míos !—exclamó Cabezón repetidas veces, depositando sendos ósculos en los respectivos colodrillos de los tres guasones.

—Ahora nos casaremos, ¿ eh ?—preguntó a su libertador *La Californita*.

—Con mil amores.

—O con uno solo que valga por mil.

—¡ Lola mía ! ¡ Lola mía !—exclamaba Cabezón, acariciando a la titiritera con detalles impropios de una Comisaría decorosa.

El doctor y sus amigos no cesaban de hacerse cruces ; Pirueta con su traje de payaso triste, hallábase en el aposento contiguo, sentado en un rincón y considerando que todo aquello no podía ser más que una pesadilla, muy pesada por cierto ; y, finalmente, la perra, la pobre *Pitusa*, miraba con asombro cuanto había en de-

rredor suyo, haciéndose tal vez esta pregunta:—Eso de «Lola mía», ¿lo habrán dicho por mí?...

....

No sé si ocurriría algo más.

Pero me parece que ya había ocurrido bastante.

